

Capítulo XII

Guatemala. — Nicaragua. — Población. — Tribus Hostiles. — Lago de Nicaragua. — Destacamentos Españoles. — Ruta por el Río de Bluefields. — Viaje de Patterson. — Canales del Atlántico y Pacífico. — Necesidad de mano de obra extranjera. — Contrato de los Estados Unidos para abrir un canal. — Minas de oro. — Pasada río abajo por el río San Juan. — Carta del Rey Misquito. — Atrevido plan de venganza de los indios. — Llegada a Prinzapolka. — Regocijo de los indios.

Poinsett en sus "Notas Sobre México" dice que Guatemala se extiende desde el paralelo 81 grado 45 pies de latitud oeste hasta el 94 grado y del 8 al 17 grado de latitud norte. Limita en el Oeste con la Intendencia de Oaxaca en México; al noroeste con Yucatour (Yucatán), al Sur Este con la provincia de Veragua en Santa Fé de Bogotá; al sur y noroeste con el Pacífico, y al norte con el Atlántico. La distancia por tierra de Chillilo, la frontera de Caraca, a Chiriquí y Veragua, es de setecientas leguas; y la distancia de un mar a otro, en las quince provincias en que se divide, cinco están situadas en la costa del Pacífico, cinco en el Atlántico, y cinco en el interior del país.

En 1823, la provincia de Nicaragua tenía una población aproximada de 164,374. El distrito de León, además de la capital del mismo nombre, contiene las ciudades de Granada y Nueva Segovia; y las ciudades de Nicaragua tales como Estelí, Acoyapa, Villa Nueva y Masaya, a las cuales se pueden añadir Managua, Mateare, Nagarote y otras de menor importancia.

La provincia de Costa Rica, la que está situada más al este al lado del Atlántico, se estimaba que tenía una población de 37,716. Entre Nicaragua y Comayagua están las provincias de Tegucigalpa, Totogalpa y Matagalpa, habitadas por Indios que no han sido convertidos a la religión Cristiana, y que se pueden considerar totalmente independientes de los Españoles, con quienes no tienen ningún contacto. Se les llama indistintamente Xicagues, Moscos y Sambos. Hay también otras tribus que habitan la región al este y noroeste de los Lagos de Nicaragua y de Managua

VIAJES Y EXCURSIONES

o León, entre los cuales se distinguen los Valientes o Indios Bravos, los Chilibeas, Tiribeas, Woolwas, Ramas, Cookras, Poyer, y varias otras tribus, que han mantenido celosamente su libertad y entre quienes los españoles no se han podido establecer. Todas esas tribus son amigas de los Ingleses, y en toda oportunidad que se les presenta, se juntan con los Bucaneros, en sus excursiones de rapia contra las posesiones españolas, en particular Nueva Segovia, Realejo, León y Granada y las otras ciudades vecinas y sus territorios, que continuamente saquean y a veces queman. Una barrera natural de montañas a ambos lados del lago parece ser el límite que separa a esas tribus de los españoles. Es difícil estimar el número exacto de la población de cada tribu, pero la población India total de Centroamérica se calcula de 800,000 a un millón de almas.

Gran parte de esos Indios aún son hostiles a los españoles. Si se unieran de una manera efectiva bajo un líder adecuado, y todos juntaran sus esfuerzos, serían capaces de causar graves perjuicios al gobierno de Centroamérica.

Juarros, a quien ya he mencionado, dice que "el Lago de Nicaragua tiene más de ciento ochenta millas de largo y casi cien de ancho. Su profundidad promedio es de unas diez brazas, siendo su fondo muy lodoso, excepto en la costa, donde las aguas son claras y donde abundan buenos pescados. Su adorno principal son sus numerosas islas". Sus conocimientos de las dimensiones del lago y de los ríos que en él desembocan, es extremadamente limitada, y un vistazo al mapa que acompaña su obra demuestra, aún al lector menos preparado, que está plagado de los más grandes errores. Al referirse a la "fortificación" en el Río San Juan, parece haber estado completamente desprovisto de conocimientos sobre la materia, y deja al lector en dudas sobre si se refiere a San Carlos, al viejo Castillo de San Juan o a las fortificaciones del puerto. Mi tedioso viaje de seis días por las costas del lago, me dieron la oportunidad de desembarcar en varios puntos. El suelo, como he dicho antes, es bajo en general y se compone de fértiles sabanas, pero en el interior se eleva paulatinamente. Excepto cerca de la aldea de San Miguel, no ví ni un solo río de importancia que desembocara en el lago. Mis compañeros mencionaron los nombres de varios riachuelos, pero no conocían ningún río que fuera de verdadera importancia y que desembocara en el lago. San Miguel tiene, sin lugar a dudas, algunas defensas de las invasiones de los Mosquitos y otros Indios, y es en este lugar que yo sospecho se puede encontrar la comunicación más fácil con el Río de Bluefields. Los Españoles tienen también un pequeño destacamento a pocas millas al sur de San Carlos, y hay un destacamento similar a siete y ocho millas del Castillo, en un sitio bajo pero de donde se domina la costa en dirección de San Miguel y Trinidad.

Ya en un capítulo anterior he insinuado la gran probabilidad de una fácil comunicación entre el Lago de Nicaragua y el Atlántico, por

medio del Río de Bluefields; y como las autoridades de la región parecen interesarse en el asunto, yo también me he interesado en el asunto, y en especial en un viaje hecho hace veinticinco o treinta años por un individuo de nombre Patterson, que llegó hasta León en busca de unos negros fugitivos. Yo había oído decir que uno de ellos una muchacha, todavía se encontraba en Granada donde se había casado con un soldado Británico de la raza negra, que fué uno de mis acompañantes a León, y me dirigí a su casa con la intención de averiguar los pormenores de ese relato. Me dijo que era hija de uno de los negros del Coronel Hodgson en Bluefields, y que cuando era apenas una niña, se había unido a un grupo que había huido de los colonizadores Británicos en Laguna de Perlas; que subieron por el Río Bluefields, hasta llegar a un río cuyo curso siguieron un trecho corto, luego pasaron por unos pinares no muy grandes y cruzando la pradera, pocas horas después de haber abandonado el Río de Bluefields llegaron a las orillas del lago, por cuyas costas siguieron a pie hasta llegar a la aldea de la Trinidad. Las autoridades del lugar los recibieron amablemente y de allí fueron enviados a Granada. Al enterarse sus dueños de la ruta que habían tomado, redactaron un mensaje al gobierno español y lo pusieron en manos de Mr. Patterson, quien, siguiendo a los negros, se abrió paso por las praderas hasta llegar al lago, y de allí a la ciudad de Granada, donde presentó el mensaje que ordenaba la restitución de los esclavos.

Las autoridades españolas se sorprendieron de verlo llegar por una ruta tan poco usada, pero se negaron a entregar a los esclavos porque éstos se habían convertido a la Fe Católica, y habían ingresado en el servicio militar Español. Sin embargo, ofrecieron pagar a Patterson una suma de dinero equivalente al valor de los negros. Pero éste rehusó hacer el trato y, en el curso de la acalorada discusión, profirió insultos contra el gobierno Español, por lo cual fué encarcelado y en breve enviado vía el lago, y por el Río San Juan, al puerto, de donde, con la ayuda de unos cuantos Indios, llegó a su casa. La mujer, que a la sazón manejaba una pequeña tienda y era la lavandera de la familia del Gobernador, le contó la historia de lo ocurrido a Patterson sin darle mucha importancia. Creo que es esencial tomar en cuenta esta historia porque ella ha sido la causa de muchas y grandes malas interpretaciones en relación con la practicabilidad de hacer navegable el río San Juan, y porque confirma lo que ya me habían dicho los Indios Woolwa que viven a orillas del Río Bluefields en relación con la ruta por la cual se puede transportar carga al Lago de Nicaragua, que no sea la ruta del Río San Juan, y conocí gente en Granada que anteriormente había recibido artículos, en forma de contrabando, por esta ruta.

Pitman, en su obra sobre la practicabilidad de unir a los Océanos Atlántico y Pacífico por un canal, ha tomado la siguiente información de la obra de Robinson: "Hace aproximadamente dieciseis años un tesorero

VIAJES Y EXCURSIONES

Inglés, que por casualidad había visitado el Río San Juan, examinó detalladamente la barra, y descubrió una ruta que, aunque estrecha, daría pasada a una embarcación que desplazara un volumen de veinticinco pies". Está por demás decir que este tesorero Inglés era Patterson, quien por su insistencia en hacer minuciosos exámenes de la barra, mereció encarcélamiento hasta que finalmente fué expulsado del país.

En el transcurso de mi narración de este viaje el lector habrá reparado en los muchos obstáculos naturales a los que se tendrá que hacer frente si algún día se intenta hacer la muy deseada comunicación entre el Atlántico y el Pacífico por el Río San Juan y los Lagos de Nicaragua y León, además de la falta de datos exactos que hasta ahora se han recibido en relación a la magnitud de tales obstáculos.

Esos obstáculos son indudablemente mucho más grandes de lo que ningún escritor sobre la materia hasta la fecha ha publicado, y aunque se pudieran vencer por medio de la concienzuda aplicación del capital Inglés y Americano, ayudado por la cooperación de los Estados Centrales, los Estados Unidos y el Gobierno de Colombia, es evidente que las asociaciones que hasta el momento se han formado en Inglaterra y en otros lugares son totalmente inadecuadas para ese fin, y no poseen, ni el capital, ni la información, ni la influencia necesaria para hacer siquiera el intento. Se debe reconocer que el principal impedimento se encuentra en el Río San Juan mismo, que según los datos erróneos de Bryan Edwards, el elegante historiador de las Indias Occidentales, es la parte más fácil de la empresa. Se debe tener en cuenta que aunque se saque el mejor partido de las partes más profundas del río, siempre habrá que hacer numerosas esclusas. Indudablemente, el puerto es ideal como entrada al canal, y no habría mucha dificultad para ahondar la barra y hacer el río navegable para embarcaciones grandes hasta Sarapiquí. Pero no lejos de este lugar se encuentra uno con serios obstáculos. Y aunque se necesitarán obras de gran magnitud para vencer el raudal principal en el Castillo de San Juan, no considero que esas obras vayan a ser las más complicadas o las más costosas. Lo que requerirá el esfuerzo y la inversión más grande será la necesidad de acabar con los bajos del río y la consecuente extensión de los canales laterales y acueductos necesarios para llevarlos sobre los distintos riachuelos que desaguan en el Río San Juan. Desde el lago, la corriente que forma el comienzo del río se precipita por una base rocosa con bastante rapidez. La base de la loma en que se yergue la Fortaleza de San Carlos parece estar compuesta de sólida roca, con enormes piedras en distintos sitios. Pero abriendo un canal por el terreno bajo detrás de la fortaleza, quizás no habría mucha dificultad en construir una entrada segura del lago al río, y por lo tanto se evitaría el peligro y dificultad que presenta el lecho del río en su punto de partida del lago. Pero en mi opinión la dificultad más grande de todas sería la "absoluta necesidad" de emplear mano de

obra extranjera, gente que no está acostumbrada al clima, para realizar todo el trabajo "pesado" en el río, porque es evidente por lo que ya he dicho del carácter, hábitos y disposición de los Misquitos y otros Indios de la costa, que sería en vano esperar cooperación eficiente de ellos, porque aunque se les halagara de la mejor manera desde el punto de vista de salario, son incapaces del esfuerzo continuo de un duro trabajo y no es muy probable que abandonarían la comodidad de su actual vida, fácil e indolente, para abrazar una de duros esfuerzos, y especialmente algo que saben sería de beneficio para sus eternos enemigos, los Españoles.

Las especulaciones de Robinson y otros escritores en relación con la facilidad de obtener mano de obra nativa son quiméricas. Sin embargo, si se empleara mano de obra extranjera, los Indios, serían capaces de conseguir y suministrar, a un precio cómodo, gran abundancia de provisiones siempre y cuando se les tratara con buenas maneras.

En relación a los materiales de construcción para las diferentes esclusas, etc., se tendría a mano abundancia de buena madera, basalto y roca blanca, lo mismo que arcilla y ladrillos de barro.

Una vez en el lago de Nicaragua, las embarcaciones encontrarían suficiente profundidad, y con la ayuda ocasional de unos cuantos vapores, no tendrían dificultad en trasladarse de un extremo a otro.

Los obstáculos que se tienen que vencer para hacer una comunicación entre los dos lagos no son tan grandes. Es probable que el canal natural que en un tiempo existió, solo esté bloqueado en parte o por corto trecho, y que unas pocas millas de canal sobre el estrecho istmo que separa a los dos lagos no sería un trabajo de gran magnitud, y no se presentaría mucha dificultad, aunque se necesitarían más esclusas para abrir la comunicación de León al Mar del Sur, siendo la distancia, como ya he dicho antes de sólo unas pocas millas.

La mayoría del trabajo en esos dos últimos puntos podría ser hecho por mano de obra nativa, por medio de la influencia de las autoridades locales; pero creo que aún el número máximo de trabajadores criollos y nativos que pudieran suministrar los Estados Centrales sería inadecuado para la inmensa labor que se necesita hacer en el Río San Juan.

Quizás, como he dicho antes, una línea de comunicación aún mejor entre el lago de Nicaragua y el Mar del Sur, se podría encontrar por el terreno bajo al occidente de la Isla de Ometepe, en el Lago, hasta el golfo de Papagayo: El terreno en ese lugar no es ni alto ni la distancia es grande. Si se me permitiera hacer otro de mis comentarios especulativos,

VIAJES Y EXCURSIONES

sobre un asunto tan importante, diría que hay probabilidad de encontrar una comunicación aún más factible entre el Lago de Nicaragua y el Atlántico por medio del Río de Bluefields, cerca de la ruta tomada por los negros que ya he mencionado. Pero menciono esto con mucha deferencia y simplemente con la intención de indicar un punto que valdría la pena examinar.

En lo dicho antes he querido simplemente corregir varios errores muy difundidos, que han existido por mucho tiempo, en relación con la topografía de esta interesante región, y a falta de una guía científica, he querido añadir mi granito de arena a la gran masa de información que últimamente se ha estado publicando en relación con el Nuevo Mundo.

Es quizás innecesario decir algo de las muchas ventajas que se obtendrían por medio de una comunicación entre los dos inmensos océanos, después de los muchos volúmenes que ya se han escrito sobre el asunto. Sin embargo, aún no he oído hablar de ningún plan en una escala suficientemente grande, para asegurar al mundo todas las ventajas de una empresa que tanto merece el esfuerzo combinado de Europa y América. Yo concibo humildemente que, para asegurarse todas las ventajas que tendría la comunicación de barcos en gran escala, la faena solo se puede realizar bajo sanción de todos los poderíos marítimos, y que, para evitar las envidias y las interpretaciones, debe ponerse bajo el control de un país inferior cuya independencia esté garantizada por el poderío unido de Europa y América. Sin una protección similar contra los intereses de las naciones, y la errada política que podría ser adoptada por una sola nación que tuviera este canal bajo su control, su navegación estaría sujeta constantemente a interrupciones y los grandes beneficios que se deberían derivar de él, no serían aprovechados. (Ver Apéndice, Nota VI).

Si por último se decide tomar la ruta del Río San Juan, las personas a cargo de la empresa se beneficiarían y hasta podrían sacar algo del costo de la construcción de esta empresa gigante, explotando las minas que quedan a ambos lados de la parte superior del río, cerca del Lago de Nicaragua. La mina al lado norte del río, que según dicen es inmensamente rica, fue abandonada en un tiempo por orden del gobierno, que probablemente temía que se supiera su valor y eso provocara intervenciones, no solo de las tribus de Indios, sino también de los Independientes, de cuyos intentos para penetrar en el país se querían proteger.

Las del otro lado todavía estaban siendo trabajadas, aunque en forma privada. La cantidad de oro que se encuentra en esas minas, y en los ríos cercanos, era muy grande según decían. No hay duda de que toda la región contiene partículas auríferas, y que, cuando los mineralogistas tengan libre acceso a ellas, se descubrirán nuevas minas de valor quizás igual o mayor a las actuales. (Ver Apéndice, Nota VII). Sin embargo, como no

pretendo ser minerologista o ingeniero, simplemente digo esas cosas como sugerencias para la consideración de los entendidos en la materia. Porque yo estoy convencido que en esta era de empresas, la idea del canal no se podrá abandonar fácilmente, como se hizo hace unos ciento treinta años, sino que al contrario, culminará en una feliz realización.

Antes de salir de San Carlos, diré para dar al lector una idea de la cantidad de madera que se encontraba en el país, que más de trescientas toneladas de madera de Brazileto habían estado abandonadas allí, las cuales habían sido compradas por un Americano que, al ver que el transporte por el río no era muy eficiente, y habiéndose dedicado a otros negocios, había abandonado la madera y el Gobernador la estaba usando ahora como leña.

Por muchos años, San Carlos ha sido usado como prisión para criminales y vagabundos de todo tipo que llegaban de León y de los diferentes pueblos que bordeaban los dos lagos. El desembarcadero queda a cierta distancia de la ciudad y es el único lugar poco rocoso. Aquí se reúnen los soldados para pescar, y casi siempre tienen éxito.

Cuando me despedí del Gobernador Don Juan Blanco, me dió un mensaje dirigido al comandante del puerto de San Juan, en que me autorizaba, como compensación por las pérdidas que había sufrido, para hacer comercio en el futuro. También me informó que me dejaba en libertad para seguir de allí a la Costa Mosquita con el primer grupo de Indios que allí hiciera escala, y que como era el mes de Octubre, encontraría a muchos que regresaban a casa después de la época de pesca.

El bongo en que nos embarcamos, llevaba provisiones para el puerto de San Juan y para las instalaciones militares en el puerto. El otro bongo llevaba un refuerzo de veinte hombres destinados a los mismos lugares. Nuestro viaje el primer día culminó al llegar al sitio seco en donde, en el viaje de ida, habíamos abandonado las varas. Allí pasamos la noche, y temprano a la mañana siguiente reanudamos el viaje, procurando mantenernos en la parte más fuerte de la corriente, que en los bajíos nos arrastraba con gran velocidad. En el curso de la mañana llegamos al raudal principal, en la vieja fortaleza de San Juan; y manteniéndonos en el centro de la corriente, pasamos sin novedad, aunque a una velocidad asombrosa. Luego desembarcamos en la fortaleza y bajamos las provisiones que estaban destinadas a ese lugar. A la mañana siguiente seguimos nuestro viaje río abajo, manteniéndonos, como el día anterior, en la parte más fuerte de la corriente.

VIAJES Y EXCURSIONES

Al anochecer llegamos a Sarapiquí, donde me encontré con un sargento y tres o cuatro individuos de mal aspecto, que estaban montando guardia.

No se apreciaba ninguna corriente en el tributario del río San Juan en Sarapiquí el cual luego conectaba con el "Río Colorado", siendo este tributario bastante ancho y al parecer bastante profundo. A los primeros albores del día salimos de allí, y en el curso de la mañana nos encontramos con un mensajero que venía en una embarcación especial del comandante de las instalaciones militares en el puerto. Traía una carta del Rey Mosco escrita en Español, dirigida al Gobernador de San Carlos y León, en la cual ordenaba que inmediatamente se pusiera en libertad a Brown y sus otros súbditos, y que si no lo hacía, amenazaba con comenzar una guerra contra todas las colonias españolas contiguas a su territorio! El mismo mensajero también llevaba cartas para mí, en las que se me daba a conocer lo mismo que se anunciaba al Gobierno, y una carta del Rey en la que me pedía que regresara lo más pronto posible al Cabo Gracias a Dios, de donde me enviaría a la Bahía (de Honduras), y no pude menos que sentirme contento con el proceder del Rey Mosco; Brown comunicó la buena nueva a los demás, y todos se alegraron de ver que sus amigos no los habían abandonado.

Para dar un ejemplo del espíritu y carácter de esa gente, permítaseme mencionar que, antes de llegar a Sarapiquí, había observado a Brown un poco pensativo, y que a menudo hablaba en privado con los otros Indios, quienes de vez en cuando quedaban viendo los paquetes de la embarcación y también al "Patrón" y a la tripulación, con una expresión extraña en el rostro.

Yo estaba convencido de que el trato que les habían dado, junto con la pérdida de una temporada completa de pesca, los había afectado mucho y sospechaba que Brown estaba tramando alguna venganza. Me insinuó que su mente la tenía ocupada con la elaboración de ciertos planes y me preguntó que si sabía qué contenían los paquetes. "Solo provisiones para los soldados", le contesté. "No contienen dinero para pagarles?", me preguntó. "No", le respondí. "Tengo entendido que el dinero ya había sido enviado antes que saliéramos de San Carlos, y me gustaría que me dijeras lo que estás tramando". Después de hablar con sus compañeros, me dijo que él y sus camaradas estaban pensando en apoderarse de unas cuantas armas de fuego de las que iban en la embarcación, tirar al agua al "Patrón" y a los remadores; y, en la confusión que se produciría, arrastrar el bongo al tributario del Sarapiquí, tomar el dinero y los objetos valiosos, y abrirse paso hasta el Río Colorado, o Boca de la Tortuga, donde con seguridad se encontrarían con algunos paisanos suyos, con cuya ayuda podrían poner en jaque a los Españoles. Me dijo que el otro bongo que llevaba a los

ORLANDO W. ROBERTS

soldados a bordo siempre iba a una distancia bastante grande delante de nosotros, que solo el Patrón y nosotros íbamos en la parte trasera del bongo, y que por lo tanto él creía que se podría hacer la hazaña fácilmente con mi cooperación.

Yo le contesté que, dadas las circunstancias actuales, "no sería bueno" hacerlo por simple venganza; que solo conseguiríamos la embarcación y las provisiones, las cuales de nada nos servirían. Le hice ver la presencia del sargento y los otros hombres que estaban montando guardia, pero le parecieron poca cosa, diciendo que con "su mosquete, su machete y los matorrales", los podría eliminar él solo sin la ayuda de nadie. A pesar de mi oposición, lo único que los detuvo de llevar a cabo su plan fué la posibilidad de que el otro bongo, con todos sus soldados, los persiguieran.

La tarde del tercer día llegamos a la fortaleza. No creo que hayamos tardado más de treinta y seis horas en bajar el río, y estoy seguro de que los Indios hacen el recorrido río arriba hasta llegar al Lago en uno de sus dories fácilmente en tres días, y hacen el mismo recorrido río abajo en menos de la mitad de ese tiempo. El comandante de las instalaciones me recibió con educación y dijo que sentía mucho que me hubieran tenido tanto tiempo en San Carlos y Granada, que habían ampliado las guarniciones por temor a ser atacados de nuevo en el puerto y que las dos goletas habían zarpado no hacía mucho, y que por entonces ya estarían en puerto o en manos de sus enemigos.

Al siguiente día de nuestra llegada, ingresaron al puerto unos cuantos Misquitos procedentes de Boca de la Tortuga. Habían oído hablar de nuestra captura y habían recibido órdenes del Almirante de darme todas las cosas necesarias para que regresara al Cabo sin demora, pues el Rey había dado orden de que se me facilitaran caballos, provisiones, hombres, embarcaciones, etc. Y tan ansiosos estaban de cumplir con esas órdenes y de enterarse de nuestras aventuras, que inmediatamente se dirigieron a la colonia de Rama, sin detenerse a cazar manatíes, que ora lo que en un principio tenían planeado hacer. Por consiguiente, después de echar otro vistazo al sitio donde por poco pierdo la vida, me embarqué con esos Indios y en la colonia de Rama fui recibido por Pedro, el hombre principal del lugar, quien me hizo objeto de finas atenciones. Nos proporcionó un gran bote para trasladarnos a Bluefields, y de allí a Laguna de Perlas, donde fuimos recibidos con mucha alegría, pues les habían contado que me habían dado muerte y que habían vendido a los Indios como esclavos. En Laguna de Perlas Scipi, el hombre principal del lugar, nos dio una canoa para que cruzáramos la laguna y llegáramos al puerto. De allí nos fuimos a pie hasta llegar al pueblo de Drummer, quien nos proporcionó caballos, y al día siguiente llegamos a Prinzapolka, la ciudad natal de mis Indios. De un modo u otro la gente se había enterado de nuestra llegada, y desde

VIAJES Y EXCURSIONES

antes de llegar a las cercanías de la ciudad, nos fue a recibir una muchedumbre, que se alegraron sobremanera de ver regresar a sus amigos, a quienes ya daban por muertos. Brown y sus compañeros fueron bajados de los caballos y casi devorados por las caricias de sus amigos y parientes, quienes hasta lloraban de alegría al verlos y al mismo tiempo proferían insultos contra los españoles. No pude evitar el pensar de lo que me habría sucedido, si, por descuido mío, estos Indios hubieran perecido y yo hubiera caído en manos de sus familiares. Me dirigí en mi caballo hacia la residencia del Rey, pero pronto me dió alcance Brown acompañado de Para, uno de los hombres principales, y otros ancianos venerables que se habían enterado de lo mucho que me había preocupado por el bienestar de mis compañeros y atribuían su libertad a mis esfuerzos; por lo tanto me consideraban uno de sus mejores amigos y me trataron con la mayor fineza y consideración. Ultimamente habían estado planeando una expedición contra las colonias Españolas que les quedaban más cercanas, con la intención de robarse a algunos Españoles y tenerlos como rehenes para garantizar la seguridad de Brown y sus compañeros. Me hicieron muchas preguntas con respecto a posibles fuerzas de los destacamentos españoles, y se sirvió abundante mishlaw, con lo cual pasamos una noche de regocijo y contento.